



ES MÁS QUE TARDE

Anteayer, domingo 19, por la tarde se celebró en el Ateneo de Madrid un acto para pedir el restablecimiento de las garantías constitucionales, o más bien para protestar contra el régimen de despotismo, arbitrariedad y clandestinidad a que estamos hoy en este Reino de España sometidos. Tomamos parte en él Alvaro Albornoz, Luis de Zulueta, Antonio Royo Villanova, que presidía el acto, y yo.

Habló Albornoz y habló muy bien, señalando cómo del estado de Barcelona ha procedido ese régimen o ha sido el principal pretexto para mantenerlo; habló Zulueta, con la unción civil en él característica, y habló muy bien. Luégo habló yo. Y dije... Pues dije todo lo que vengo diciendo por escrito, todo lo que mis lectores de este diario conocen bien. Hablé con la claridad con que creo que debe hablarse y atribuí la mayor parte de la culpa del desastre de España, de su derrumbe civil y moral, a quien se la vengo atribuyendo.

Un diario maurista ha llamado injurias e insultos a mis censuras; pero como sé por experiencia cuál es el concepto oficial, el que tienen nuestros tribunales de injusticia, de la injuria, no puedo hacer de ello mucho caso. La injuria, la verdadera injuria es la adulación.

Pero lo característico del acto fué que cuando Royo Villanova, hombre franco y leal, muy querido y estimado en el Ateneo, liberal y democrata de verdad, después de atacar, y con muy buenas razones, a Cambó y su mesnada liguera y poner de manifiesto el engaño que fué lo de la Asamblea de Parlamentarios de 1917, cuando Royo Villanova, sintiéndose de la llamada izquierda liberal, la que acaudilla Alba, de un partido dinástico, y senador que es por él, quiso defender, o más bien disculpar, a instituciones y personas que yo había puesto al descubierto, se armó un más que regular escándalo. El público protestaba contra aquella defensa, aun hecha, como iba, en términos, no ya de gran moderación, sino hasta de parsimonia. Y se vió bien claro que hay cosas y personas a las que en aquel ambiente, el más intelectual de España, no se puede defender.

El escándalo que se armó fué tal que tuve que intervenir para reclamar que se respetase el derecho, acaso deber, de Royo Villanova, a hacer aquella defensa, y que

lo que cabía era acoger tales defensas y disculpas con un piadoso silencio. Y añadí lo que es verdad, y es que todo lo que yo digo en público, y mucho más, lo dicen en corrillos los mismos que fingían escandalizarse por mis dichos.

Si; las indicaciones para mis censuras patrióticas no las recibí de los enemigos del régimen, de los antidinásticos, no; las piedras que lanzo las tomo del pedregal de los servidores de la monarquía. Y luégo lo más que me dicen es: «Hay que moderarse un poco.» Sin que haya faltado quién para decirme: «Siga usted, siga usted; nosotros no podemos decir públicamente esas cosas, pero hace falta que haya quien las diga; nosotros podremos subrayarlas con alguna protesta.» ¿No recuerdan los lectores cómo Sánchez Guerra subrayaba con sus interrupciones y acotaciones los ataques de Indalecio Prieto a las mismas personas a que yo censuro? Y como a uno de los más conspicuos sánchezguerristas, vicepresidente del Congreso y ministrable, le hablase un común amigo, suyo y mío, de mi campaña, exclamó: «¡Y aun dice poco!»

La cosa ha llegado a tal punto que si alguien se pone a defender de buena fe a esas personas, no hay quien se lo crea; no hay quien crea en la lealtad desinteresada. Las gentes le llaman a esto farsa y farisaísmo.

No diré que el republicanismo resurge poderoso en España; pero sí que nunca, desde que yo en mi vida recuerdo, fué más fuerte el sentimiento antidinástico y antimonárquico. Y no sirven contra ello intentos de captaciones y adulaciones. Hace poco, por ejemplo, al felicitarle al nuevo Papa se le felicitó en nombre del Ejército y de la Nación, como si fueran cosas distintas. Y esto no lo agradecerá, no puede agradecerlo el Ejército, sino todo lo contrario. Y no se logrará por eso que en los cuartos de banderas amaine lo que se dice.

Lo que tiene gracia es que sean los jóvenes (??) mauristas, los de la murga callejera, que dijo Sánchez Guerra, los que pretendan hacer de mosqueteros del régimen. Aunque no, no pretenden eso. Los comentarios de «La Acción» al acto de anteayer en el Ateneo y la hipérbole de llamar injurias e insultos a mis censuras, va indudablemente contra el presidente del Ateneo, que es el conde de Romanones. Pero ¿qué va a hacer el conde, que es el más leal de Palacio? No; la terrible soledad del trono apenas si tiene ya remedio. Es más que tarde.

Miguel de UNAMUNO.

Madrid 21-II-22.